

Ni siquiera píos deseos al empezar 2015. Como mucho, que me quede como estoy. En vez de los empalagosos vals marca Strauss o los saltos de los Cuatro Trampolines, como cuando deambulaba pastoso por casa con unas resacas de nochevieja que me abotargaban de todas, ahora estreno el año en el pueblo, al amorcillo de la lumbre, con una lectura oriental, que siempre sosiega y enaltece. Esta vez se trata de 'Haikus en el corredor de la muerte' (Hiperión), antología de textos, con jugosos comentarios, escritos por condenados y traducidos por Elena Gallego (a la que llamé erróneamente, en otro artículo, Teresa Gallego, mil perdones) y Seiko Ota. El prefacio reverencial del crítico y filósofo Tsurumi Shunsuke alude a la consideración que le merecen quienes se aprestan a dilucidar la naturaleza y el sentido de las pulsiones contrarias de la vida y la muerte en el camino, sólo de ida, hacia el patíbulo o el caldoso, circunstancia que permite reflexionar sobre nuestra efímera condición y sobre las entretelas del pensamiento que deriva de la sumisión ante la niveladora. Luego, los haikus se organizan por temas, en torno a la soledad, la culpa, el arraigo –estremecedores los dedicados a las madres–, la vida y el despedirse de ella.

Abrumado por poquedades, pequeñeces y reveses íntimos de escasa entidad, se queda uno pasmado ante el cuajo de quienes al borde del más allá tienen el valor de fijar su testamento vital en el conciso molde de la estrofa nipona por antonomasia. Ya a principios de siglo la extinta DVD editó un amplio florilegio de 'poemas japoneses a la muerte'. Allí había palabras de despedida de amantes o samuráis, aquí son de presos contemporáneos condenados a la pena capital, de una serenidad inaudita, propia de una cultura muy diferente a la occidental, que puede llegar a lo imperturbable en este trance: «Ejecución mañana; igualo las uñas cortándolas, /noche primavera». La verdad es que en un haiku cabe todo, pienso en los senryús de la 'Tertulia del haiku', poemas leídos y saboreados con un café en la Tertulia Almudín de Valencia, con prólogo, para esta reunión de atentos, de Antonio Cabrera. Entre los 'Haikus sin loto', uno de Carles Santaeufèmia: «Si quieres próspero/año nuevo, no cantes/villancicos». O su 'Tanka infartada': «A la coyunda/última se entregó/en cuerpo y asma./Dictaminó el forense:/sobredosis de viagra».

Nada más salir de casa, tal vez por el contacto del viento vivificador, mis recuerdos mejoran. Hace poco leí, en una carta de Stefan Zweig, con Joseph

Roth como destinatario, una sentencia de Romain Rolland que se me quedó grabada: «Los hombres conocen y, aun así, aman». Adelante, pues, a pesar de los pesares, cómo tira el aire, no hay manera de evitarlo. Ahí es nada, Roth y Zweig, dos fuerzas netas de la escritura. Acantilado ha publicado en el volumen 'Ser amigo mío es funesto' su correspondencia, decisiva para entender el destino de su Europa, también de la actual, cuyos valores, no sólo literarios, ambos barruntaban que iban a derrumbarse. En su primera respuesta al santo bebedor ya advierte el autor de 'El mundo de ayer', libro no menos emblemático en torno a este asunto, sobre «la monotonización, la mezcolanza, la acomodación y la uniformidad» de nuestro continente. Basta enchufar hoy la tele para comprobarlo.

Debajo del castro he espantado cuatro corzos que andaban por una fuentecilla y se han ido elegantemente, brincando a veces, camino del monte. Cojo un poco de resuello al abrigo de una mata de acebos. Reparo en que Roth, uno de los primeros malditos, hombre de conducta rebelde y desordenada que retratará espléndidamente su amigo Soma Morgenstern, muestra siempre un respeto absoluto, aunque a menudo se muestre pedigrüeno, hasta impertinente, poniendo a prueba la paciencia infinita de su interlocutor, por el distinguido Zweig, escritor del establishment. De hecho es quien establece el contacto epistolar y el que envía la mayor parte de las misivas –muchas de Zweig se perdieron–, que ya conocíamos por su epistolario completo traducido por Gil Bera, como corresponde a un discípulo, sin duda aventajado. Parecido a ahora, que se ha perdido cualquier forma de admiración, de deferencia incluso.

Caen algarazos de mala leche, algunos cuajan pero al momento la ligera capa se regala. El murmullo leve del viento y el silencio hondo de la nieve en la noche incitaron a Henry David Thoreau a salir al campo a primera mañana, caminata de la que da razón en 'Un paseo invernal', libro con el que Errata Naturae llega a los cien títulos aunando calidad literaria, descubrimiento de autores desconocidos por estos lares, textos harto originales y provechosos y factura formal impecable, circunstancia de la que nos congratulamos sobremanera, máxime en estos tiempos tan críticos para el gremio.

En medio de una quietud sobrecogedora –como ésta que siento ahora, ladera arriba, ni un hombre, seguro, a muchos kilómetros a la redonda, ni siquiera pájaros cantando, bajo un silencio absoluto, que es «la

Un paseo de invierno

En buena compañía para afrontar el año

UN ÁNGULO
ME BASTA

FERMÍN HERRERO





Un arce solitario en un parque de Votice, ciudad cercana a Praga.

:: PETR JOSEK-REUTERS

memoria primordial», parafraseando a Valente—Thoreau emprende a buen paso su marcha. El crujido de la nieve igualadora y jubilosa al pisarla, que es la niñez; las ramas desnudas, respunteadas de blanco; el aire afilado y límpido, como este cierzo criminal, y el frío punzante que espabilan y calientan las orejas; los rastros de los zorros, los ratones o las nutrias; el cielo echado sobre la tierra... Una bocanada pura, en suma, de naturaleza primigenia. Qué maravilla, como si lo hubiese acompañado, serenos en la nevada, que luego desaparece y al cabo vuelve a cuajar, por los alrededores de Concord o de su cabaña junto al lago.

El volumen se completa con un opúsculo sobre el arte de caminar porque sí, sin rumbo fijo, que ya comentamos en estas páginas hace mucho tiempo, si bien en la edición de Oláneta no se titulaba 'Caminar'

sino 'Pasear', dentro de un librito que completaba, justamente al revés que en éste, 'Un paseo de invierno'. Ahora, en traducción de Marcos Nava que suena, como la que hizo de 'Walden' para la misma editorial, estupendamente, se nos presenta una buena ocasión para volver a la defensa de lo salvaje y libre, del paseante tenaz y aventurero que se sacude la ciudad y se abandona a sus sentidos. Pero, con frecuencia «nuestras expediciones se limitan a dar un paseo, y al caer la noche regresamos junto al viejo calor de la lumbre desde el que habíamos partido». Así retrata al pusilánime caminante moderno.

Y eso es justamente lo que acabo de hacer. Regreso al fuego de la chimenea, donde me espera también 'Jade puro', de la precoz y virtuosa poetisa china, dama de alta alcurmia, florrecilla de ciruelo frágil y ebria, a más de sensual, de la dinastía Song, Li Qingzhao, vertida al español hace cuatro años para Ediciones de Oriente y el Mediterráneo por Pilar González España y que ahora presenta en nuestro idioma Hiperión, que continúa con su larga, ejemplar, benemérita cruzada a favor de la imprescindible poesía oriental: no hace mucho ha editado igualmente la novela en verso vietnamita 'La historia de Kiêu' de Nguy'n Du y hace tiempo el hermosísimo 'Cantos de amor y de ausencia', antología de poemas Ci de la fecunda dinastía Tang y de la Song, donde por vez primera leí un puñado de poemas de L. Qingzhao.

Son poemas para ser cantados, desbordantes de vitalismo y sensibilidad, pese a su tinte melancólico. Como en las cantigas de amigo o en las jarchas el tema predominante es la soledad provocada por la ausencia del amado. Y éste, como los demás sentimientos, se expresa con suma delicadeza, de manera indirecta, a partir de detalles cotidianos, en apariencia anecdóticos. Es una poesía muy decantada, en cuanto prescinde de lo conceptual y de cualquier atisbo de reflexión. Según avanza su colección de poemas conservados —unos sesenta y sólo de la parte lírica de entretenimiento, ni uno de sus poemas 'serios'; la obra entera, según las crónicas de la época, constaría de trece volúmenes, seis de poesía y siete de ensayo, además de pinturas y caligrafías desaparecidas por completo— cada vez se aleja más de la locuacidad y del comercio, que diría Thoreau, de los chismes cortesanos y de la vida social, se encona en el deseo de retirarse del trato con el mundo y aumenta la tristeza a medida que se cierne sobre ella la amenaza de los bárbaros y el frío de la vejez.

Echo el último tuero de carasca a la lumbre. Al cabo todos estamos condenados a muerte, me acuerdo de uno de los jaikus escritos, con qué entereza, justo antes de la ejecución de su autor, en el que el silencio pregunta por la vida; releo algún poema de 'Jade puro', esta especie de cancionero sentimental escrito con el elegante, primoroso distanciamiento de la tercera persona, de una levedad engañosa. Son una lección en el arte de la sugerencia, de la belleza presentida y lograda. Miguel Salas, cotraductor de garantía por ser poeta de contrastada calidad y bien que se nota tanto en el léxico como en el ritmo pautado por el heptasilabo y el endecasilabo, los califica como «lúcidos, profundos, sutiles, llenos de humor a veces, apasionados incluso en la desesperación». Entre el tener y el desear, lo reunido y lo disperso, ¿qué más puede decirse?



HAIKUS EN EL CORREDOR DE LA MUERTE

Elena Gallego & Seiko Ota, Hiperión, 144 pp., 14 euros.



UN PASEO INVERNAL

Henry David Thoreau, Errata Naturae, 128 pp., 14,90 euros.



SER AMIGO MÍO ES FUNESTO

Joseph Roth & Stefan Zweig, Acanalado, 432 pp., 25 euros.



JADE PURO

Li Qingzhao, Hiperión, 176 pp., 16 euros